aprendizaje matemático. En el capítulo quinto, a través del estudio de casos, la autora trata de rastrear las respuestas emocionales del alumno a partir de las creencias sobre las matemáticas. La información obtenida proviene de entrevistas y de interacciones en el aula. Concretamente, el siguiente capítulo presenta una serie de técnicas que pueden ser útiles para que el profesor sea capaz de realizar un diagnóstico de la dimensión afectiva del alumno. En el capítulo séptimo, se argumenta la necesidad de atender al contexto social donde se producen los procesos de aprendizaje, en vistas a progresar en la comprensión de la dimensión afectiva en el conocimiento matemático.

En último término, se propone un curso para la formación del profesorado, ofreciendo cuestiones teóricas y prácticas, con el objetivo de trabajar la dimensión afectiva del alumno en el contexto de aula.

Esta obra supone, en definitiva, una reflexión teórica que responde a la necesidad de contemplar la relevancia de las creencias, las actitudes y las emociones de los alumnos en la comprensión y el desarrollo del aprendizaje matemático.

Asimismo, y a partir de los planteamientos teóricos, articula una propuesta de intervención y formación del profesorado y del alumno.

El libro, escrito en un lenguaje claro, está dirigido a personas interesadas en cualquiera de las dos áreas descritas: el afecto y las matemáticas. Sin embargo, parece especialmente valioso para los profesores de matemáticas, ya que

tienen la labor de propiciar a los alumnos las herramientas básicas para enfrentarse a las tareas matemáticas y favorecer su bienestar personal, a través del desarrollo de una disposición, unos sentimientos y unas creencias positivas hacia la disciplina. Además, el profesor va a encontrar en esta obra una serie de estrategias prácticas que le van a ayudar a conocer, diagnosticar y modificar la afectividad del alumno hacia las matemáticas en el contexto específico de aula. ■

ARANTXA SARABIA LIAÑO

Rd003

El mal samaritano. El altruismo en tiempos de escepticismo

Helena Béjar

Anagrama, Barcelona 2001, 189 pp.

El Año internacional de los voluntarios fue testigo de un incremento de reflexiones sobre el tema. En este contexto, Helena Béjar escribe el presente ensayo, desde el punto de vista sociológico, con el que procura analizar qué es eso del voluntariado. Con agudeza, la autora atisba qué teclas antropológicas y sociales se tocan con el trabajo de los voluntarios, traspasando la emoción que producen algunas noticias que forman parte del contenido habitual de los medios de comunicación. Se interesa y

pretende comprobar con su análisis, si el voluntariado supone un espacio de participación ciudadana en el que la generosidad forma parte del entramado de las relaciones sociales más allá del utilitarismo corriente. Para este fin explica en las primeras páginas qué trayectoria va a seguir a lo largo de su obra cumpliéndose con creces este objetivo inicial. Arranca explorando la motivación de los voluntarios y descubre que predominan los motivos de autosatisfacción y autorrealización, un refrendo más del individualismo preeminente y saca a la luz ese otro conjunto de motivaciones que provienen de dos tradiciones diversas aunque entre ellas tienen puntos en común: la tradición cristiana que se centra en la promoción de la caridad y la republicana que enaltece el civismo. El republicanismo, que en doctrina política entronca con el comunitarismo, alimenta la idea de la educación como clave para formar buenos ciudadanos y estima al voluntariado como un medio para enseñar y practicar la ciudadanía.

El primer capítulo aborda un asunto de nombre muy técnico: origen psicosocial del voluntariado formal de los jóvenes; por formal se entiende el voluntariado organizativo. No deja, como se suele decir en el lenguaje popular, títere con cabeza y expone las diversísimas opiniones de los jóvenes acerca del voluntariado. Pasando rápidamente por el asunto del voluntariado como moda, recurre a la descripción de los diferentes y a veces contrapuestos discursos juveniles.

Por una parte es fácil encontrarse con la posición moderada de los que piensan que el voluntariado es un cometido social que debe ser ajeno al político, que cambia las actitudes y mentalidades en la sociedad, de forma que uno ayuda a otros desinteresadamente porque lo elige así, y se encuentra satisfecho en esa labor. En una posición extrema, se sitúan los que piensan que el voluntariado está para denunciar la corrupción del Estado pero que no puede convertirse en el intruso que acaba haciendo lo que el ejecutivo tendría que solventar. La autora constata en la defensa del voluntariado por parte de los jóvenes, una mezcla de altruismo desinteresado que pone su atención en ayudar al otro y de emotivismo que eleva como protagonista al voluntario. Presenta como ejemplos que avalen estas actitudes casi contrarias los programas de formación del voluntariado, muy afincados en la psicología. Desde esta disciplina se resuelven las relaciones interpersonales con técnicas que permiten no condolerse excesivamente con los problemas del prójimo o con procedimientos que logran la autoterapia dedicándose a afrontar los problemas de los demás. Sigue pesando la vieja teoría ilustrada de que el egoísmo es algo consustancial al ser humano, frente a lo que la autora expone la teoría del don de Marcel Mauss, pensador que merece su estima.

En el segundo capítulo, aborda el voluntariado sostenido en los motivos religiosos. La pureza de esa clase de motivos es más

RECENSIONES

EL MAL SAMARITANO. EL
ALTRUISMO EN TIEMPOS DE
ESCEPTICISMO

acentuada en los adultos que en los jóvenes que parecen haber crecido en una cultura muy individualista. Béjar describe los valores que claramente se han definido desde el cristianismo como son: la caridad, la humildad, la proximidad, la generosidad y el sacrificio. Califica de “historia pasada edificante” a las asociaciones de voluntariado confesionales o de una fuerte motivación religiosa, pero al mismo tiempo afirma que la profundidad de esos valores se ha perdido. Citando a Rousseau, del que la autora es especialista a juzgar por una de sus publicaciones recientes sobre el pensamiento de este filósofo, destaca cómo se aprecia un tabú cultural respecto a reconocer la interdependencia, la debilidad y la fragilidad humana. Invita a pensar en la piedad como una virtud personalmente transformadora y colectivamente capacitante (p. 111). Por esta razón, el voluntariado es una práctica que humaniza.

En el tercer capítulo, se examina la condición ciudadana recogiendo el tan conocido debate entre el neoliberalismo y el republicanismo. Los partidarios de ambas corrientes ponen en sus bocas palabras de moralidad pero con un punto de partida y unos objetivos diferentes. Una parte de los voluntarios adultos defiende su práctica de ayuda no por sus creencias religiosas sino alegando el civismo. El lenguaje de las encuestas a este tipo de voluntarios revela una filantropía sincera. “Ayudar a los extraños lleva consigo tomar plena

conciencia del propio valor en clave moral como un ser que, a la vez que auxilia, se concibe a sí mismo como un ente frágil” (p. 137). Se fortalece la propia personalidad del voluntario con las acciones de ayuda, pero no se afronta la colaboración con los demás como una especie de recurso terapéutico para olvidarse de los propios problemas. Se originan vínculos fuertes entre las personas de los que salen beneficiadas todas, se da lugar a la confianza, se aumentan las expectativas respecto a las relaciones sociales, invirtiendo compromiso y esperando el de los demás; en definitiva se respira más calidad moral.

La reflexión de la autora finaliza en el último tramo de esta obra con un repaso al concepto de capital social divulgado en la última versión por Putman y que tiene una inspiración en Durkheim. La democracia, como cualquier otro sistema sociopolítico, funciona si las relaciones sociales vinculan a sus artífices. Béjar denuncia suavemente que los voluntarios no se dan cuenta de esa posible consecuencia moral, social y política de su trabajo y que sólo se quedan en una justificación de sus tareas a nivel sentimental y sin embargo, “la implicación emocional no es un material lo suficientemente compacto para soportar el esfuerzo cívico” (p. 146). Habría que crear una conciencia entre los voluntarios de la fuerza moral y social de su trabajo asociativo y de su repercusión en el bien común por el ejercicio de las virtudes cívicas

que practican. Habría que convertir el voluntariado en un desempeño habitual de todos los ciudadanos e incorporarlo en todos los niveles educativos. La autora sugiere con mucha habilidad una serie de ideas para hacer del voluntariado un medio de formación y humanización de las personas. Descubre sus fisuras, sus equívocos, y propone vías para mejorarlo. En síntesis, hace pensar. ■

AURORA BERNAL

Re003

Pensar la sociedad. Una iniciación a la sociología

Alfredo Rodríguez Sedano, Ciro Parra Moreno, Francisco Altarejos Masota
2ª edición, Eunsa, Pamplona, 2002,
229 pp.

Esta obra no es una simple introducción a la sociología, si entendemos por tal un elenco de los aportes más interesantes realizados por los diversos autores que a lo largo de la historia se han dedicado al estudio de la sociedad. Tampoco se limita a dar una visión de lo que hoy día se entiende por sociología. Todo ello forma parte de los contenidos de este libro, pero la intención de los autores va más allá: se trata de pensar la sociedad, es decir, de invitar al lector a enfrentarse con la realidad social cara a cara. Para ello pueden resultar útiles tanto el enfoque histórico como el sistemático, pero

éstos tendrán una función propedeútica de cara a un estudio de lo social crítico y libre de prejuicios. Se trata de reconocer lo que hay de válido en la herencia de los autores que nos han precedido y en los planteamientos actuales, pero sin encerrarnos en ellos.

La sociedad no es una realidad meramente accidental, accesoria y superpuesta a los individuos, como algo sobrevenido a un supuesto “estado de naturaleza”. Las personas nacen en sociedad, y sólo en ella pueden realizar de forma plena aquello a lo que el hombre está llamado desde un principio, es decir, la humanización del yo y del mundo que le rodea. La sociedad no es un mal menor. A este respecto, resulta gráfica la frase con que da comienzo el prólogo de la primera edición: “la sociedad es para el hombre lo que el agua para los peces”. Al igual que un pez sólo puede llegar a desarrollarse como tal dentro del agua –y salvando las distancias propias de toda metáfora– el hombre sólo puede alcanzar sus propios fines sin aislarse de la sociedad, en el trato con los demás, y sin hacer tábula rasa del legado cultural de que participa. En otras palabras, no hay vida verdaderamente humana sin vida social. Sin embargo, hemos de evitar a la vez que esta consideración nos lleve a reducir la persona a la dimensión social del hombre. El peligro de disolver al individuo en la comunidad con poca frecuencia amenaza con eclipsar un estudio adecuado del hombre en cuanto ser social. Y es que el orden social es manifestación del despliegue personal, y no al revés.

163 ESE N°3 2002

RECENSIONES

EL MAL SAMARITANO. EL
ALTRUISMO EN TIEMPOS DE
ESCEPTICISMO